

Amadísimos fieles

En la plática del domingo pasado llegamos a la conclusión de que el primer deber contenido en el primer mandamiento, en el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas era el de conocerle dando satisfacción a ese anhelo íntimo, a esa indigencia íntima que proviene del reconocimiento de nuestra contingencia y limitación. Tenemos que conocer a Dios, conocer su revelación, conocer a la Iglesia, conocer los fundamentos de nuestra fe. No nos bastan esos conocimientos elementales y rudimentarios que poseemos de nuestra infancia, no nos bastan porque el desarrollo de nuestra inteligencia y el planteamiento de nuevas problemáticas demandan unos conocimientos más amplios. Por eso estos conocimientos religiosos que necesitamos poseer para cumplir con el primer deber del primer mandamiento tienen que ser proporcionados a los conocimientos profanos que poseemos, tan suficientemente amplios como para dar a nuestro espíritu la satisfacción que necesita.

Uno de esos hombres que se han hecho célebres en nuestros tiempos, el famoso Beveridge cuya fama ha recorrido todo el mundo, nos habla de los cinco Gigantes del Mal a los que tienen que combatir la humanidad para salvarse a sí misma y salvar su civilización, fruto de tantos años y siglos de trabajo y esfuerzo. Estos cinco Gigantes del mal por el mismo orden de importancia que los enumera él, son: La enfermedad que tantos estragos hace en el mundo y que tanto amarga la vida del hombre de por sí harto pesada. Hay que combatirla poniendo en juego una serie de recursos higiénicos y profilácticos: de seguro que no se conseguirá perpetuar la vida del hombre, pero sí que se pueda conseguir hacer más llevadera para la humanidad. La miseria que tantos o más estragos que la misma enfermedad causa en la humanidad dándose el caso bochornoso - infamia al sentido común calificaba un político - de que se padezcan tales privaciones a pesar de haber abundancia de todo en la tierra. La ignorancia es el tercer gigante del mal, que aunque no lo parezca viene a ser verdadera gigante del mal por cuanto que a la misma hay que inculpar mucho del recelo e incompreensión que induce a los pueblos a odiarse y a luchar unos contra otros y por otra parte no cabe duda que la cultura es uno de los principales factores de la civilización ya que esta va progresando en el ritmo en que se va generalizando aquella y para que las conquistas de los pueblos y masas tengan efectividad hace falta que estos tengan cultura suficiente como para administrarse a sí mismos. Sin dicha cultura resultan vanas o efímeras dichas conquistas y no llegan a la verdadera liberación o emancipación. Los otros dos gigantes del mal son la vivienda malsana y el paro forzoso. Pero no es mi propósito en este momento ocuparme de los males sociales para cuyo remedio la humanidad tiene que luchar victoriosamente contra estos cinco gigantes del mal. Si la ignorancia en el campo social tiene categoría de gigante del mal y si sin cultura resultan efímeras y hasta vanas las conquistas de las masas, de los pueblos, no es menos verdad que en el orden religioso la religiosidad que no se base en unos amplios conocimientos o en unas convicciones sólidas está también llamada a desaparecer, en el mundo de hoy resulta vana. La ignorancia religiosa es el único gigante del mal que está amenazando nuestra religiosidad. Y cuidado que esta ignorancia es hoy entre nosotros los hombres una plaga común. Cuantos hombres podemos alardear de conocer siquiera la letra o el sentido de un simple y sencillo catecismo....cuantos estamos ignorando hasta lo más rudimentario y elemental de la religión...Acaso puede conocerse que aquellos conocimientos de nuestra infancia, conocimientos adquiridos con mucho esfuerzo pero superados a nuestra capacidad de entonces pueden bastarnos para vivir con ese minimum de satisfacción que necesita nuestro

espíritu? Puede uno prescindir de los conocimientos médicos, jurídicos... para cuando le hagan falta le basta acudir a un médico, a un abogado.... pero no puede prescindir de los conocimientos religiosos que los demandan el espíritu en todos los momentos, en todos los instantes.... Si vacilan las convicciones religiosas, qué moralidad, qué decisión, qué impulso va a tener el hombre para acomodar su vida a los ideales religiosos?

Remachemos una vez más: el primer deber del primer mandamiento es el de adquirir o poseer una cultura religiosa proporcionada a nuestros conocimientos profanos y suficientemente amplia como para que nuestro espíritu posea ese minimum de satisfacción que anhela y necesita.